

UNA EXCELENTE OBRA SOCIAL

El Reformatorio de Mujeres en La Victoria

DESDE los días en que el gran corazón y la brillante pluma de Alberto Ravell hizo popular el problema de la redención de las menores, caídas en la prostitución, habíamos seguido con interés los primeros pasos de una obra, que hoy se halla en franco período de madurez y solidificación; nos referimos al Reformatorio de Mujeres, regido por las Hermanas del Buen Pastor, en el edificio Campo Elías, de La Victoria.

El hecho de que la prensa diaria se preocupe cada vez menos de él no demuestra en modo alguno que haya perdido su interés y actualidad; es, más bien, una prueba de su consolidación definitiva. Pasaron los días de tanteos y discusiones; la obra se confió a una meritisísima institución religiosa, especializada en ese difícil ramo de la educación; y el Reformatorio lleva hoy la vida silenciosa, eficaz y fecunda de los planteles organizados.

Debemos anticipar, sin embargo, que al hablar de madurez y solidificación, las entendemos en un sentido relativo. Estamos lejos de creer que se hayan solucionado todas las dificultades —algunas muy fundamentales— de tan difícil y delicada empresa.

Los primeros pasos

Nació la obra, como muchas otras de nuestro Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, en aquellos días cruciales y

fecundos del 35 al 37, cuando Venezuela volvía a encontrarse a sí misma, "cuando a Venezuela le nacía el amor" según brillante expresión de un poeta, cuando el grupo más generoso de sus hijos sintió la comezón de hacer, de crear, de reformar... No siempre se encauzaron aquellas nobles energías por el camino más recto. Es cierto que se malgastó mucho dinero y se dilapidaron nobles esfuerzos. Pero no es menos cierto que toda la magistratura de López Contreras y buena parte de la de Medina se han beneficiado de aquella exuberante germinación de iniciativas generosísimas.

Una de ellas fué la redención de las menores, caídas o arrastradas a la prostitución.

Alberto Ravell, empleado en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, fué el principal propulsor de la empresa. Había arrancado de los antros de El Silencio varias decenas de muchachitas y las había instalado en la Quinta de Regina Gómez en la Urbanización de Los Chorrros. Pero ¿quién se había de ocupar de la disciplina de aquella casa y de la reeducación de aquellas niñas desventuradas?

La Sta. María Josefa Aristeguieta, una de las apóstoles más dinámicas de la Acción Católica Venezolana, conocida muy particularmente en los círculos perseguidos por Gómez, por la historia dolorosa de sus familiares en la época de la Dic-

tadura y por su heroica labor personal en favor de los presos políticos, de los proscritos y de los exilados, inspiró a Ravell la solución del problema. Existía una Congregación religiosa, expresamente consagrada a la redención de esta clase de muchachas. Tenía en Los Chorros —en Duarte— un Colegio de preservación, para niñas, arrancadas de ambientes malsanos y peligrosos: las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor de Angers.

Las educadoras

La Obra del Buen Pastor, fundada por la Madre María Eufrosia Pelletier canonizada solemnemente el 2 de Mayo de 1940, es una de las instituciones religiosas que ha alcanzado más rápida difusión en el último siglo de la Historia de la Iglesia. El 6 de Junio de 1829 se abría la primera casa de Angers. A los 110 años, en 1939, la Congregación beneficiaba a 91.349 personas; contaba con 350 casas y 10.000 religiosas.

Para nuestro intento nos interesa saber que los Reformatorios del carácter del de La Victoria, cuentan con varias secciones:

una Casa de observación;

el propio Reformatorio con dos secciones según el progreso de la recuperación;

y una institución de colocaciones y perseverancia. Solamente cuando estas tres secciones puedan establecerse con regularidad podrá hablarse de madurez plena del Reformatorio de La Victoria.

Las Hermanas del Buen Pastor cerraron en 1937 un contrato con el Ministro Sigala para dos años, mientras se disponía un edificio más amplio que la Quinta Regina de Los Chorros, absolutamente insuficiente para los fines de la institución. Pasaron dos años largos y una prórroga, concedida por las Hermanas por seis meses; y sólo ante la actitud decidida de la Superiora Provincial de abandonar la obra, emprendió el Ministerio la búsqueda de edificio más apto. Tras largos tanteos se creyó resuelto el problema con el espléndido Edificio Campo Elías, de La Victoria, a la sazón baldío. El grandioso edificio era, en realidad, una jaula demasiado lujosa, y, por otra parte, demasiado tupida y agobiadora para las nuevas moradoras. Pero en ella hubieron de establecerse, solucionar-

do muy pronto la abrumadora severidad y pesadez del edificio con un patio abierto en la parte occidental del palacio, instalándose varias oficinas y dormitorios en tres casitas anejas, adquiridas con la ayuda de la Sociedad Bolivariana.

Pero desde el primer momento, la cesión del espléndido palacio Campo Elías suscitó celos en la ciudad de La Victoria, que viene reclamándolo para algún instituto municipal de enseñanza o beneficencia.

La obra en marcha

Hemos visitado el Reformatorio de La Victoria, durante seis largas horas, el día 23 del presente mes de Junio, y nunca hubiéramos esperado sacar de él la serena y confortadora impresión que hemos recibido. Es indudable que parte de esa impresión consoladora es mérito de la exquisita amabilidad y cortesía de la Superiora del Reformatorio, Madre María Inmaculada; pero principalmente es producto espontáneo del orden, paz, disciplina y armonía que reina dentro de los pesados y elegantes muros de aquel edificio, espléndido en su aspecto material y moral.

Hemos abrumado a la Madre con nuestra curiosidad de cronistas impertinentes y entrometidos; y la discreta Superiora, con encantadora espontaneidad, nos ha proporcionado tal cúmulo de datos precisos y detallados que nos vemos precisados a resumirlos en síntesis concentradísimas, pues no caben en la brevedad obligada de un artículo.

—Madre, ¿qué edad tienen estas niñas?

—Hay catorce que han cumplido los 18 años. Son las que llegaron con 17 años de edad o poco antes. Las demás, hasta 110, son todas menores de edad. Alguna de 8 años; otras de 10: todas, arrancadas de la prostitución.

—¿Qué tiempo permanecen en el Reformatorio?

—Es uno de los problemas vitales de la casa. No pueden determinarse los meses o los años que ha de costar la reeducación de cada una de ellas. Hay quien a los cuatro meses me dice: “¡Ay, Madre; si yo hubiera sabido...!” Otras necesitan dos años para llegar a esta reflexión. Un ilustre Doctor caraqueño nos decía hace unos días: “Pero ¿no bastarían 10 meses para la reforma de las ni-

ñas?" "Nosótras, que tenemos casas similares en casi todos los países de América y Europa, podemos garantizar que en ninguna parte del mundo bastan 10 meses —como promedio general— para redimir a niñas, caídas en la prostitución. Hay niñas que pueden salir al servicio a los dos años; algunas, tal vez, necesitarán hasta cuatro años. En esto estoy tan segura que apelo a la experiencia de los psiquiatras más experimentados.

—¿Cuáles son las bases de la reeducación?

—La higiene, el estudio, el trabajo, la disciplina y sobre todo la piedad y el sentimiento del honor.

¡La higiene! Ud. no puede imaginarse en qué estado de desaseo y aun podredumbre física y moral llegan esas niñas, víctimas generalmente de las más incalificables explotaciones. Cuesta un esfuerzo enorme el despertar su instinto de limpieza. Las más traen sífilis. En este sentido se las trata inmediatamente. Nosotras deseáramos también que antes de enviárnoslas se les hiciera un examen radioscópico y otro, más importante aún, psiquiátrico; o que se nos facilitaran laboratorios para realizar aquí mismo esa labor previa. ¿Cómo colocar—en conciencia— como sirvientas a niñas, que se han reeducado aquí, pero que resultan tuberculosas? Y ¿cómo reeducar a niñas bobas o taradas de patologías incurables, como algunas que se nos han remitido? En nuestras casas del Extranjero —en aquellas que hemos podido organizar con perfecta autonomía— existe una casa de Observación, aneja al reformatorio. Aquí no podemos pensar en organizarla. Aun dentro del Reformatorio acostumbramos tener dos secciones: las que ya han progresado en la recuperación, y las que la inician. Ud. comprenderá que en nuestras actuales condiciones de solar y economía esta división resulta muy difícil.

—¿Qué instrucción reciben las niñas?

—Doble: la de la escuela elemental y la de labores domésticas. Nuestras 110 niñas están divididas en cuatro clases; 26 pertenecen al grado de analfabetas; las demás progresan hasta el tercero o cuarto grado.

Como trabajos manuales tenemos todos los que permite la capacidad de este local, cada día más insuficiente según crece el número de alumnas; cocina; cor-

te, costura, remiendo, zurzido y bordado; repostería; lavandería; taller de calzado; encuadernación, repujado y flores.

Visitamos las clases y talleres. En medio de un orden, una limpieza y un silencio admirables se agita la colmena de las diversas oficinas: hay 15 alumnas en la clase de corte y costura; el encerado está lleno de dibujitos y modelos; admiramos exquisitas labores de bordado; en la repostería siete alumnas elaboran dulces y tortas, que van a salir inmediatamente a la ciudad; son cinco las mesitas, aseadísimas, de trabajo. Hay un tallercito de alpargatería con 18 mesas y su correspondiente maquineta. En la cocina, que ya resulta exigua para la casa, se afanan cinco niñas y una Hermana. En la lavandería trabajan diez niñas en siete bateas... Todas pasan por todas las oficinas. Lavar la ropa es uno de los oficios que más les agrada. Las más aventajadas aprenden —sin dejar de colaborar en las otras oficinas— la mecanografía...

—Madre, la disciplina será necesariamente muy severa...

—Aquí, Padre, apenas existen castigos. El ritmo general de la casa impone el orden. El castigo más duro es la incomunicación. Ya ve que no tenemos calabozos; la incomunicada —hoy hay una— está en el patio. Los otros castigos son: Quitar la insignia de buena conducta. Quitar la visita de los familiares y la correspondencia. Quitarles el empleo que prefieren. A las que se fugan, se les corta el pelo.

—¿Hay muchos conatos de fuga?

—Los hay siempre, sobre todos los primeros días de llegada y aun durante todo el primer mes. Ya ve que la casa es propicia para ello, pues todas las ventanas están próximas a la calle. Pero la obsesión de huir se les va muy pronto. Muchas más son las que después de un tiempo no quieren ya salir... Y ¡qué dolor da verlas partir!

Estamos en la sala de reuniones. En la pared frontera hay un cuadro de honor, uno de los verdaderos secretos de este hogar de reeducación. Distinguimos estrellas de tres colores. "La estrella dorada, nos dice la Madre, es un punto bueno. Vale un Bolívar, que se utiliza el día del Santo de la Superiora, en un enorme Bazar que organizamos en el patio de honor. La estrella blanca es punto nulo.

La estrella negra es un punto en contra: un Bolívar de déficit. Este cuadro tiene un triple valor espiritual, moral y económico. Una estrella negra supone una espina en el Corazón de Jesús, (y nos señalan una Imagen colocada junto a la presidencia). Dificilmente existe un centro educacional, en que las notas tengan un valor tan fundamental. Estas estrellas implican la visita, la correspondencia con los de casa y sobre todo los Bolívares el día del Bazar. Hay niñas que llegan a tener entonces Bs. 80 disponibles y corren alocadas por todo el Bazar sin saber qué han de preferir. El valor de ese día en el Reformatorio es imponderable”.

—Bueno, Madre, díganos: ¿Cuántas niñas han salido ya del Reformatorio? ¿Dónde se colocan? ¿Cuántas perseveran?

—Son 115 las que han salido. Todas prácticamente se colocan en el servicio doméstico. Tengo que confesarle que a muy pocas podemos seguirles los pasos. Estamos muy aisladas aquí en La Victoria. Generalmente en nuestros Reformatorios del Exterior tenemos aneja una institución de colocaciones y perseverancia, donde ellas acuden, pasan a veces días hasta volver a colocarse... Aquí es inútil pensar en una institución semejante. Esperamos que la Juventud Católica Obrera de Caracas subsane en parte esta deficiencia. Además las jóvenes que salen de aquí no gustan de que se sepa en las familias de dónde proceden. De las que hemos logrado localizar, casi todas perseveran. Algunas han caído después de un año de salidas. Sus propios familiares las pervierten a veces y aun las fuerzan. Como complemento de la obra, necesitamos evidentemente el Hogar de colocaciones y perseverancia.

—¿Cuáles son las dificultades principales con que luchan?

—El carácter de las niñas no es violento, pero sí débil. Al salir cuentan con un ambiente muy corrompido en el sector del servicio doméstico y escasa comprensión en los señores, cuando menos.

Las dificultades fundamentales son consecuencia de la situación geográfica de la casa.

Tenemos muchas enfermas del oído, laringe y vista. Consecuencias sobre todo de la sífilis. Resulta molesto ir al Hospital de Caracas. Salimos a las 6 a. m. y a veces llegamos en el momento en que el médico ha salido del Hospital. Un viaje perdido... Hemos experimentado molestias muy ingratas al llegar por ejemplo a Maracay a las tres de la tarde con una niña enferma del pecho. Se nos afirmaba que las radioscopias se hacían de 2 a 4 el martes. Al llegar a las tres, el médico había partido. Con una niña muy enferma habíamos de esperar hasta el siguiente martes...

Una casa, próxima a Caracas, nos resolvería multitud de problemas sanitarios y económicos. Podríamos ayudar, con la venta de nuestros productos, de industria doméstica, a nuestro propio sostenimiento. La Victoria no nos proporciona suficiente mercado para nuestros bordados, nuestros dulces, nuestras alpargatas y mil otras industrias que pudiéramos crear.

Desde La Victoria no podemos seguir los pasos de nuestras antiguas educadas.

Finalmente es necesario que podamos seleccionar nosotras mismas a las recogidas, para lo cual es de precisión formar en casa un laboratorio psicológico; y mientras esto no se realice, deseáramos que el Ministerio o el Tribunal de Menores hiciera examinar a las niñas antes de encomendárnoslas”.

Abandonamos el Reformatorio en una tarde lluviosa de Junio con el alma cargada de las más complejas impresiones. El anecdotario de las niñas recogidas provoca un sentimiento de rebeldía contra la sociedad hipócrita y cruel de la que ha explotado. El aspecto físico de las niñas delata todos los grados de la recuperación física y moral. Las Hermanas —hermandad cosmopolita llegada de los más diversos países de Europa y América— infunden veneración y respeto.

Ellas —silenciosa y eficazmente— llevan a cabo una gran obra social, muchas veces incomprendida. Su sola presencia; su conducta; su espíritu son el factor más eficaz de reeducación de las mujeres regeneradas en La Victoria.

M. Aguirre Elorriaga, S. J.